

LIBROS

**Haroldo Conti:**  
**«En Cuba  
y América por  
primera vez»**

Con Mascaró, cazador americano, el escritor argentino Haroldo Conti obtuvo este año el Premio Novela de Casa de las Américas, premio que compartió con el uruguayo Eduardo Galeano.

Conti no es un recién llegado a esto de los premios. Varios le fueron discernidos en el transcurso de los últimos quince años: Life (1960); Fabril Editora (Buenos Aires, 1962); Municipal de Buenos Aires (1964); Universal de Veracruz (Méjico, 1966) y Barral, en 1971, por su novela *En vida* (1).

En el paraje llamado el Delta, escenario de su novela *Sudeste* y de muchos de sus cuentos, lo encontré en una tarde de este otoño. Atardecía. Los mosquitos zumbaban. El sol se debilitaba y ellos salían al ataque. Pero Haroldo no los registraba, y prefería hablar al aire libre, junto al río, que corría marrón y manso.

—¿Viene de su infancia su amor por el Delta, por los barcos?

—No, es muy posterior. Conocí esto en el cincuenta. En seguida lo reconocí como mío.

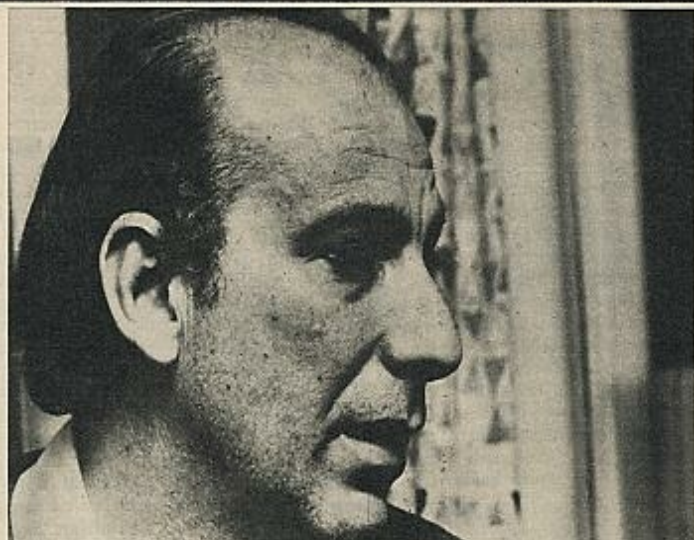
—¿Su pasión por los barcos estará relacionada con la idea de lo desconocido, de la aventura?

—Beaudelaire lo dice: «Los barcos tienen alma vagabunda». Tal vez es eso lo que intuimos en ellos.

—¿Está la novela premiada en la línea de las anteriores?

—En este libro hay cambios sustanciales

(1) Ver «Un premio para un argentino», por José Antonio Gómez Marín (TRIUNFO, número 479).



Haroldo Conti.

que son reflejo de cambios de mi vida.

—¿Qué cambios?

—Políticos, de sensibilidad. Cuando en el setenta y uno fui a Cuba, vi América por primera vez.

—Quiere decir que por primera vez vio los problemas de América Latina...

—Sí; en ese momento creo que cerré un ciclo. Cuando *En vida* ganó el Barral, había llegado a una especie de callejón sin salida. Estaba encerrado en dramas y situaciones personales. No tenía a la vista el contorno americano, argentino. Mi literatura había sido hasta ese momento una literatura de marginados. Tipos del Delta, de las «villas miserias», de pueblos perdidos.

—Eso no determina necesariamente la imposibilidad de aludir a lo político...

—En este caso, sí. Se trataba de solitarios sin vinculación con su entorno político. Su soledad es incluso física.

—¿En esta novela plantea la situación de individuos que se comprometen políticamente?

—No hay ninguna propuesta política en el libro, pero quizá, como en *El gran sertón*, de Guimaraes Rosa, o en *Cien años de soledad*, creo que uno llega a sentir la presencia de América.

—Por los escenarios, personajes, situaciones... En lo poco que leí de su libro encontré un cambio total en el lenguaje.

—Busqué un cambio. —¿Considera que ha innovado?

—Eso es difícil decirlo. —¿Considera a García Márquez un innovador?

—No. Sé que muchos van a gritar. No lo considero un innovador.

—¿Quién sería un innovador en el sentido del lenguaje?

—Guimaraes Rosa, Juan Gelman (2).

—¿Qué es lo que le hace decir: «Este es un innovador»?

—Cuando siento que encontré una mayor libertad para expresar lo que quiere. Porque todo nos limita para expresarnos. No sólo el lenguaje es una limitación, también la lengua. La propia lengua. En Mascaró, de pronto altero las palabras.

—Incluso se saltea proposiciones.

—O utilizo parónimos que no tienen nada que ver con lo que estoy diciendo.

—¿Qué consigue con eso?

—Imponer al lector un curso de pensamientos. Hacer que se familiarice con un lenguaje que no es el tradicional.

Mientras hablaba se pascaba. Frecuentemente se apretaba la cabeza con ambas manos y cerraba los ojos con fuerza. «Me duele la cabeza —dijo—. Le juro que me duele».

—Yo le creo. ¿Le duele a menudo?

—Siempre me duele.

(2) Poeta argentino contemporáneo.

La cabeza me duele siempre.

—¿Cuando acaba un libro también?

—Por unos días, no. Pero en seguida me empieza el dolor y una especie de desconcierto. Como si me hubiera quedado sin base. Como si una vida que iba llevando se me acabara. Los personajes se me van. Y yo los quería. A menudo nos preguntamos con mi compañera qué será de Mascaró, en qué andará el loco Farseto.

—¿Y cuando el tiempo pasa?

«Uno los va olvidando como se olvida a los muertos», dijo. Y se fue caminando hasta la orilla. Cuando volvió dijo: «Cambió el viento. Va a llover». Y luego: «En definitiva, uno siempre es el protagonista, siempre está delante o detrás de los personajes».

—¿Aun de los que de- testa?

—De hecho, todos salen a mí.

—Pero hay personajes que ama y personajes que odia.

—No, los amo a todos. —A un delator tiene que odiarlo.

—Termino queriéndolo siempre. Siempre los redimo o les veo el lado bueno. Tengo un personaje que es un rufián, Scapa. Acabé por amarlo y redimirlo. En la próxima novela reaparecerá en busca de su total redención —dijo, y señaló hacia el río—. Va a llover. Voy hasta el muelle. Después seguimos. ■ MARIA ESTHER GILIO.

**El príncipe  
de este mundo**

Desde los primeros tiempos del cristianismo se ha considerado al Diablo como príncipe de este mundo; los gnósticos primitivos hacían de él —o de un demiurgo ciego y perverso (antítesis del Ser Supremo, sereno vacío e inaccesible)— su creador. Dios está demasiado alejado de la Tierra, y sólo se manifiesta por sus mediadores —los santos, la Virgen e incluso El mismo, que ha de cambiar de naturaleza y humanizarse en Cristo (perdiendo así, al menos en el sentir popular, gran parte de su divinidad) para intervenir en los asuntos humanos—, en tanto que Satán, el Negador, está presente en todo, presto a manifestarse él mismo bajo cualquier apariencia. El problema del mal y de quien lo encarna es uno de los que más han hecho discurrir a los autores cristianos.

En 1948 la colección católica «*Etudes Carmelitaines*», destinadas a publicar los resultados del «Carmel d'Avon» —congreso que se celebraba anualmente para tratar de temas teológicos—, presentó al público sus conclusiones sobre el tema del Diablo. Una selección de los ensayos aparecidos entonces ha sido traducido al español (1), dándonos una curiosa interpretación de la figura de Satán, curiosa porque a pesar de la fecha reciente de aparición del libro en su edición original, muestra una mentalidad no muy alejada de la que consideramos medieval: para sus autores estamos en un mundo regido por fuerzas preternaturales, en el que campan por sus respetos potencias, espíritus no muy distintos de los elementales de Paracelso, que pueden manifestarse y de hecho se manifiestan, influyendo en nuestras vidas de

(1) *Satán, estudios sobre el adversario de Dios*. «Las Ediciones Liberales». Editorial Labor. Traducción de Luis Miguel Rodríguez Condal. Barcelona, 1975.

una forma clara a veces, solapada otras. Por otra parte, el libro tiene un enorme valor histórico y antropológico. Dividido en cinco capítulos estudia la existencia, la historia y las formas de Satán, y los aspectos —exorcismo y represión legal— que tiene la lucha contra él en la civilización cristiana.

El primer capítulo trata de la existencia y naturaleza primitiva del demonio, tan similar al hombre —o a lo que el cristianismo trata de reprimir en el hombre—, por su doble condición de ángel y bestia. El jesuita A. Lefèvre estudia la figura del demonio tal como aparece en el Antiguo Testamento y en viejos textos babilonios. En estos textos primitivos, el demonio aparece no solamente como antagonista de Dios —esto es más bien una idea de los evangelistas cristianos, que (influidos quizá por la idea mitológica de las luchas entre dioses y titanes) utilizan al Diablo como figura opuesta a Cristo—, sino como enemigo del hombre, oscuro y terrible, verdadera encarnación del caos que trata de destruir el orden impuesto por los seres humanos. Acaba Lefèvre definiendo al maligno como nada —vacío angustioso que reviste mil formas de pesadilla—, contra la que Dios hubo de luchar para crear el mundo. El profesor H. I. Marreu determina en un artículo posterior, dentro de este mismo capítulo, la condición angélica de Satán, enemigo de Dios no por naturaleza —pues ésta es angélica—, sino por un acto de libre albedrío.

P. Joseph Henninger, antropólogo, estudia la presencia de «El adversario de Dios en los pueblos primitivos». Traza la prehistoria del demonio, su presencia —o la de sus equivalentes— en las sociedades pre-cristianas y en los pueblos primitivos actuales. Parte de la hipótesis de que la creencia en el Diablo sólo puede existir allí donde se crea también en un Ser Supremo, un Dios, y lo busca en las civilizacio-